

ENREDOS DE SOBERBIA

Santiago Aranda López



 Angels Fortune
[Editions]

Santiago Aranda

**Enredos
de
soberbia**

Primera edición: octubre de 2024
© Copyright de la obra: Santiago Aranda López
© Copyright de la edición: Grupo Editorial Angels Fortune
Edición a cargo de M.^a Isabel Montes Ramírez
Código ISBN: 978-84-129073-5-3
Código ISBN digital: 978-84-129073-6-0
Depósito legal: B16606-2024
Corrección: Juan Carlos Martín
Diseño y maquetación: Cristina Lamata
©Grupo Editorial Angels Fortune
www.angelsfortunedititions.com
info@angelsfortune.com
Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

A mi esposa Bonosa
y a mis hijos Santi y Carol

Primera parte

Capítulo 1

De caza en la Hacienda

AÑOS 1963–1977

El cierre de la veda para la caza mayor por el mes de marzo del mil novecientos sesenta y tres se había celebrado aquel año en el cortijo La Hacienda por todo lo alto. El sol empezaba a caer por occidente, cuando los comensales, ya almorzados con la espléndida barbacoa de carne cazada aquella misma mañana, que había resultado exquisita, ya estaban con el café y las bebidas fuertes, o el tapeo en otros corrillos de charla, a la vez que comentaban sus incidencias particulares.

Aquella última mañana de cacería había sido fructífera, y con buen tiempo, de no haber sido por aquel desgraciado incidente ocurrido aquel mismo día a primera hora de la mañana, cuando uno de los podencos, que iba buscando unirse al conjunto de la jauría, se atravesó entre los caballistas que trotaban a galope y fue atropellado por el primero de ellos, y rematado sin pretensión por el resto, representando el único incidente serio de la semana de cacería.

También el alazán que lo embistió se llevó la peor parte al romperse la pata delantera en la caída y, ante el estado lamentable del animal, tuvo que ser rematado de un disparo en la cabeza, cuando andaba rodeado de las miradas de amigos y ayudantes de Jorge. El jinete había sufrido la rotura de la clavícula y varias magulladuras por todo el cuerpo, que acabaron con él en el hospital de la capital andaluza. Por lo demás, aquella última jornada acabó con varias piezas grandes –ciervos, algún gamo, dos jabalíes y decenas de perdices, palomos y otras piezas de menor envergadura–, que fueron trasladados en el remolque a la cámara frigorífica de La Hacienda, una finca situada entre los sistemas béticos y penibéticos del noroeste de Sevilla, enclavada sobre una planicie donde apenas se llegaba a alcanzar sus lindes con la vista, aunque no estuvieran todo lo decentes que debieran, ni les sacaran sus dueños todo el producto que podía llegar a dar, de estar debidamente labradas.

El círculo rojo del sol se perdía entre las montañas y las copas de los árboles, dejando perderse sus sombras por los llanos. En el patio del cortijo también había dejado de alumbrar el sol.

La fiesta había dado comienzo dentro del patio principal del cortijo, después de haber tapeado y haber estado por los alrededores del mismo los invitados más curiosos, copa o bota de vino en ristre, con las tapas sobre las mesas dispuestas en bandejas salteadas, mientras hacían comentarios acerca de la gran extensión de terreno propiedad de la finca de sus amigos los futuros

marqueses, Jorge Montalves y su esposa Elena Espinosa, mientras avistaban y calculaban a «ojo vista» la amplísima tierra de cultivo y arboleda, además del formidable coto de caza que se extendía por la ladera y el monte bético de Sierra Morena.

Jorge Montalves había recibido la herencia de su madre, la marquesa de Palmares, años atrás, cuando estuvo segura de que su hijo podía administrar los terrenos que tan buenos intereses le habían reportado a ella y a su matrimonio con don José de Montalves, el marqués de Montalves. También había tenido en cuenta las nuevas disposiciones y ordenanzas del «generalísimo» sobre haciendas abandonadas de grandes extensiones de tierra laborable, con la expoliación, que convertía en pueblos de colonización para el bien de miles de padres de familia con problemas de subsistencia.

La marquesa no se encontraba bien de salud para administrar la finca que había conservado con su difunto esposo, y decidió pasar sus últimos años entre su palacete de Sevilla, el cortijo La Hacienda y el amplísimo chalé que habían conservado en las afueras de Madrid a precio de saldo recién acabada la guerra, de varias decenas de hectáreas de tierra de cultivo, con una amplia vivienda para los caseros.

Lo mismo que ocurrió cuando compraron el cortijo en las afueras de Madrid, recién acabada la Guerra Civil, que componía un palacete reformado, rodeado de varias

hectáreas de tierra de cultivo, decenas de árboles de diferentes especies, viñedos y otros cultivos de huerta, junto al chalé rodeado de jardines, arrendados en un principio a la familia de caseros, Valerio Montes, y su esposa Ana Simón, con sus cinco hijos que cuidaban de las tierras. Más tarde, por los años setenta, «cuando los hijos volaron», tuvieron que quedarse los padres de caseros con tan solo un trozo de tierra de dos fanegas para que cultivara su huerto. Todo formaba un único cuerpo, rodeado y vallado por una misma linde.

Aquella había sido una decisión de don José Montalves, el marqués, en sus últimas voluntades, la casa sería para Valerio y Ana mientras vivieran. El resto lo arrendarían al mejor postor, hasta que llegaran otros tiempos, cuando sería su hijo mayor el que decidiera, junto con doña Eugenia, lo que hicieran con el resto de los terrenos.

La marquesa, doña Eugenia Palmares, se había aposentado en el amplio palacete de aquel lugar lindante de Sevilla capital. A todas horas se encontraba acompañada de su cuidadora personal y dama de compañía, Josefina Rojas, además del personal de servicio, el cuidador de animales y plantas. Los beneficios de su patrimonio le eran más que suficiente para vivir y su hijo mayor tendría la libertad de beneficiarse y ampliar su patrimonio. Además, se sentía protegida por Jorge y Elena siempre que los necesitaba o acordaban con el joven matrimonio, siempre que podían

o les era posible, unirse para celebrar el más mínimo acontecimiento en familia, sintiéndose la marquesa sabedora de que el patrimonio familiar estaba en buenas manos.

La Guerra Civil había acabado hacía más de dos décadas y los tiempos parecían favorables. Su esposo, don José Montalves, había ocupado un puesto en el Gobierno de la Nación y fue destinado a ocupar el cargo de «responsable de una comarca de Sevilla», puesto que fue ocupado posteriormente por su hijo mayor, Jorge, con unos ingresos de crecimiento anuales nada despreciables.

El hijo menor de la marquesa, Fortunato, había decidido quedarse en Madrid, cuando llegó al primer puesto de director del banco en el que había colaborado desde su mayoría de edad, cediendo las tierras, las que repudiaba por su forma de ver la buena vida de la capital de España, y los buenos recursos que había recibido a cambio de dejárselas a su hermano mayor, Jorge, de acuerdo familiar, que disponía de varias viviendas y terrenos en el centro de Madrid, acciones en el mismo banco, una cuenta en efectivo de varios millones de pesetas y algún hotel por la costa malagueña.

Por su parte, Elena Espinosa, una vez que hubo contraído matrimonio con Jorge, había recibido la parte de la herencia de sus padres en Sevilla, cuyos terrenos lindaban con los de Jorge y pasaron a ampliar las lindes de la finca conyugal en otros cientos de hectáreas,

formando una extensión de tierra de cultivo de incalculable extensión y valor.

El padre de Elena había tomado aquella decisión con el acuerdo de su hijo Diego, hermano de Elena, al saber que este estaba dispuesto a seguir con la dirección de la Caja de Ahorros en Madrid, así como las acciones a su nombre, y la cesión de buenos ahorros en efectivo, viviendas por la costa mediterránea, y bonos respaldados por el Estado, que él mismo había gestionado.

Diego no era demasiado amigo de hacer amistades ni de tener o recibir visitas, y los padres quedaron contentos con el acuerdo. Se visitarían de vez en cuando, sabrían unos de otros y llevarían una vida por separado, salvo alguna excepción por fiestas, cumpleaños o simple placer.

Tres años después del enlace entre Jorge y Elena, en aquel mes de primavera de 1963, llegó Adriano, el primer hijo de Jorge y Elena, que culminó la alegría de las dos familias al ver al futuro heredero. Cinco años más tarde llegó el segundo hijo del matrimonio, José, a punto de entrar el año 1969.

Los fuegos de leña en el cortijo habían dejado pías brasas que esperaban la carne recién preparada para la cena. Los chacineros contratados fileteaban y partían los huesos de la caza sin miramientos para el caldo de la «recena», los apilaban para comida de los perros guardianes del

ganado, o para quemarlos. Algunos eran aprovechados por los mismos empleados para llevárselos a sus casas.

Los cocineros asaban en parrillas la vitualla magra para acompañar los primeros vinos, junto a lujosas bandejas llenas de lonchas de jamón curado, exquisitos triángulos de queso y diferentes productos secos variados y patés, entre otras exquisiteces. El personal de servicio se había puesto en movimiento para que no faltara de nada, debiendo mostrar su mejor sonrisa al servirlos y seguir ofreciéndoles más mosto; debían excederse en atenciones, siempre a las órdenes de los cocineros profesionales que habían contratado.

La fiesta estaba en todo su apogeo. Cazadores, acompañantes, invitados de los marqueses de Sevilla y alrededores, alcaldes a los que les debían favores y amigos de buena posición, y otros agregados que cobraban del Estado, todos con sus esposas e hijos, incluso yernos que contaban con el saludo de bienvenida de Jorge y Elena. Los niños, todos mezclados al hablar unos con otros, jugaban por los espacios libres y tras los jardines, mientras que los jóvenes adolescentes tiraban de manitas y faldas al viento, en la oscuridad y planificaban verse en lo sucesivo por Sevilla. De pronto fueron formándose círculos entre los más conocidos y refiriendo, «dónde se acabarían las extensiones de La Hacienda, parece que no tenga fin, sobre todo después de que unieran las dos partes de las herencias, y aquel terreno de sesenta hectáreas y con su cortijo recién restaurado incluido, propiedad de don Jorge».

—Ya estáis viendo que sobra personal de servicio — comentó otro conocido de la familia—. Cuando es época de siembra y recogida de cultivo vienen más de trescientas personas a peonadas de todos los pueblos linderos, La Algaba, Castiblanco, Agualcóllar... qué sé yo, y de la misma Sevilla, por cincuenta o sesenta pesetas la peonada. Conozco familias que acuden con sus hijos, que son todavía unos mozuelos de catorce o quince años, para llevar a sus casas lo que el capataz los quiera dar de jornal de 30 a 40 pesetas, aunque no estuviese permitido por la ley. Lo que hiciera falta para ayudar en la economía de la casa. Con los del servicio ocurre lo mismo.

—¿No van a la escuela?

—Sí. Pero en la época de siembra o recogida, el campo es lo primero para traer dinero a la casa; ya te digo. Los estudios de los pobres quedan para las épocas de lluvia o para cuando no hay peonadas.

Otros hablaban de política, «de cómo había cambiado la situación y lo que se había logrado con el cambio». Los adinerados amigos del marqués meditaban «dónde emplear sus ahorros», hasta que finalmente acordaban que lo mejor y más seguro era la inversión en oro, joyas que se guardaban en cualquier parte o en comprar algún trozo de tierra, un piojar de olivos, o en la construcción, que andaba en su punto más álgido. También era buena inversión los valores del Estado, que lo sabían ellos de buena tinta.

Finalmente, brindaban y acababan de risas, recuerdos y chistes de mediocre calidad, y agradeciendo al marqués los buenos momentos que les permitía darse de tanto en tanto; y que la amistad entre ellos no decayera.

—Aunque los hay que les vienen las cosas de cara —decía aquel que había pasado la bota—, que a Jorge no le bastaba con la herencia de su madre y el cortijo que compró, y mira tú por dónde se las ha arreglado para unir los terrenos de Elena a los suyos. Es que no lo veis cómo está de ancho, que parece que le va a explotar el cinturón, como si todo lo que ven sus ojos le perteneciera, que si pudiera lo abarcaba todo. De eso estoy seguro.

Bien entrada la tarde, empezaron a aparecer por la verja de la entrada principal, varios autos de alta gama para recoger o dejar a alguna pareja de invitados y, poco antes de la medianoche, recibir coches llenos de amigos que se unían a la fiesta a aquellas horas; los marqueses despedían y recibían con falsas sonrisas a unos y otros, y les invitaban para la próxima temporada de caza menor.

—Ya os tendremos al tanto, que las cosas suelen cambiar de un día para otro —solían decir Jorge o Elena a los amigos de más prestigio.

Empezaría pronto a clarear el día y a aquellas horas se afanaba todo el personal del servicio para dejar el patio interior y la entrada como una patena de limpio. Cada cual se defendía en la cocina entre perolas y cubiertos,

mientras eran vigilados por Faustina, la ama de llaves, que no se iría a la cama hasta que todo estuviera en orden. Apenas hubieron acabado la faena, reunía a todas las partes del servicio para repartirles la propina que los comensales habían dejado para que se las repartiesen, y les advertía que, «desde aquel momento no quería ver luces encendidas por las habitaciones».

—Si tenéis que veros a solas para hablar de vuestras cosas y planear cualquier travesura, hacedlo con discreción o dejadlo para otro momento o en otro lugar, entendido. No quiero que los señores me calienten mañana la cabeza; ya sabéis a lo que me refiero. Que las parejas de amigos íntimos no se vean por aquí. Para eso está el pajar y donde las cuadras detrás de los pesebres.

Contento el servicio por la más que merecida paga extra y la advertencia de la ama de llaves, se quedaban, donde guardaban los frutos y los cereales para los animales, hasta bien entrada la mañana en el salón comedor celebrándolo, hasta que el cuerpo les exigía el merecido descanso.

Hombres y mujeres se repartían en sus dormitorios contiguos al salón, aunque los había que subían las escaleras cuando todo estaba en silencio y volvían al rato «satisfechos», mientras que las mujeres subían hasta el primer piso para ocupar su dormitorio de dos chicas en cada habitación del primer piso, pero se las arreglaban para que aquella noche hubiese un hueco libre por la amplia sala de habitaciones.

Al siguiente día laboral, a las ocho menos cuarto en punto de la mañana, se escuchaba por toda la superficie de La Hacienda una sirena que indicaba que faltaban quince minutos para que diera comienzo la jornada, y de inmediato se veía por los caminos, las veredas y los carriles de la finca, un cordón de jornaleros para ocupar sus lugares de trabajo, esparcidos por toda la llanura, por los cuatro puntos cardinales, esperando el segundo aviso bajo la atenta mirada de los capataces, incluido Amador, el encargado general.

A la misma hora, Faustina acompañaba a la señora Elena por cada rincón de la cocina, los jardines y la fachada para comprobar si habían quedado limpios, por el ajetreo de la noche de caza. La ama se sentía feliz del trabajo realizado por el servicio. Así se lo habían reconocido algunos invitados.

Ahora se encontraban las dos sentadas en un banco frente a la fachada principal, contemplando el renovado «escudo de armas» que le había regalado Elena a Jorge aquella Navidad, hacía ya varios años. No se cansaba de ver lo bien que había quedado, le gustaba que Faustina se lo recordara siempre que paseaban frente a la fachada, y aquel día no iba a ser menos.

—Qué contento se puso don Jorge el día que lo vio acabado, señora. Parece que lo estoy viendo explicándole a sus amigos el significado de cada gravado —mencionó el ama de llaves.

Elena sonrió dejando ver que se alegraba de que se lo recordara, y decidieron pasear por el jardín, entre la fachada de la casa y la verja. Durante un buen rato no hablaron de nada. De pronto, Elena sujetó con suavidad el brazo de Faustina y la miró fijamente a los ojos durante unos instantes, intentando que su mirada le hablara la verdad de lo que almacenaba su cerebro y acabar preguntándole: «Si había notado que don Jorge mirase de manera especial a alguna de las invitadas durante la velada, o en días anteriores».

–Quiero saber si circula algún comentario acerca de deshonestidades.

–No, señora, ¿por qué me pregunta esas cosas? Usted sabe que no me fijo en eso. Por Dios, ¿cómo iba yo a pensar en algo así de don Jorge? Además, no creo que el señor sea de esos.

El rubor creció de manera alarmante en las mejillas del ama de llaves y tras mirar a los ojos de Elena, bajó la cabeza esperando que le dijera el motivo de tan comprometida pregunta. Sin embargo, le siguió los pasos hasta la puerta privada de los señores, por el ala izquierda de la fachada.

–Está bien, Faustina, no hables de esto con nadie y ten los ojos bien abiertos. Pregunta a los del servicio, seguro que a ellos no se les escapa nada. Y cuando recibamos una visita, que alguien de seguridad no pierda de vista estos tejemanejes, que yo sé que los hay. Todo, como si fuese cosa tuya. Y ahora vuelve a la cocina y haz que preparen el desayuno en el patio, hace un día

espléndido. Y no olvides que una ama de llaves bien remunerada debe estar al tanto de todos los detalles cuando le pregunte la señora, ¡ya es hora de que vayamos aprendiendo! Y cuando digo todos los detalles, son todos.

—Sí, señora —dijo Faustina, y se desvió a la puerta derecha de la entrada del patio principal para perderse hasta la cocina a través del pasillo, dejando a uno y otro lado varias puertas de servicio, almacenaje de cereales, granos y equipajes que utilizaban ocasionalmente.

—¿La mesa de los señores en el patio? —se sorprendió Andrea, la cocinera—, si hace fresco aún.

—¡He dicho que en la mesa del patio y no hay nada más que hablar! —concluyó Faustina.

A continuación desapareció por donde las habitaciones con el rostro fruncido, sin decir palabra, y al poco subió a la primera planta para comprobar si había algo raro. Había observado a la señora respingona y, si le daba por visitar espontáneamente los aposentos de arriba, y advertía algo que no fuera de su gusto, podía armársela, y bien.

—Procura que no se vea una mota de polvo en los pasillos ni por las habitaciones, y dile a esas dos que nada de tanta cháchara, que están para hacer las cosas bien y tenerlas limpias —advirtió a Andrea—, ¡ya tenía que estar ese desayuno preparado!

Faustina salió erguida de la cocina de servicio para anunciar a los señores que el desayuno estaba listo.

—¿Has mirado cómo están las habitaciones de los invitados? —preguntó Elena en presencia de Jorge, que

hojeaba el diario con semblante serio y, al contrario de otros días, ni siquiera dio los buenos días al ama de llaves ni le dirigió la mirada—. Pues ve a ver cómo lo hacen esas dos chicas nuevas, no estoy segura, ah, y echa un vistazo por la planta de arriba, anoche se fueron a dormir tarde y... no sé yo, las luces no dejaban de apagarse y encenderse. Dile a Celia, la chica nueva, que despierte a Adriano y baje a tomar el desayuno, tiene que irse al internado; Rogelio debe estar esperándole.

—Ahora mismo, señora —asintió Faustina, y salió rauda a cumplir las puntillosas instrucciones.

—¿Puede saberse qué bicho te ha picado esta mañana? —preguntó Jorge, que había captado el punto de mal humor de su mujer.

—Eso tú lo sabrás. Anoche te vi muy entusiasmado con el grupo de esas cotorras de Sevilla, Inés, la de la tienda de ropas y sus amigas. No sé por qué tuviste que invitarlas, sabes que no me caen bien, y sobre todo esa pava de Luisa cuando explota con su risita de conejo, y tan provocativa como siempre, que hasta para reír tiene que pasar su brazo por tu cuello o tu cintura..., y tú, con la baba caída.

Al poco rodeaba la familia la mesa en el patio con todo el servicio a su disposición. Como era costumbre, don Jorge ocupaba el extremo de la mesa que daba al norte, para ver de frente la entrada al patio y recibir los primeros rayos del sol de cara. A su espalda quedaba el porche con ocho columnas redondas de granito pulido, muy altas, con amplios pedestales en su base y adornados

con cornisa y basa a un metro de altura, y la caña que subía hasta el capitel que sostenía los diez dormitorios dobles con aseos incorporados para los invitados y familiares, con un salón de tertulia en el centro.

El tercer cuerpo de la casa se encontraba aislado detrás de los dormitorios de los invitados, con los bajos para las cuadras de caballerizas, mulas y algún potrillo; en la parte superior, en el altillo, almacenaban la paja, el grano y otros artilugios, como sillas de montar, jáquimas y otros atalajes, dejando espacio para que las ventanas traseras de los dormitorios tuvieran buena visión y pudieran ventilarse. Estos espacios eran revisados por algunas parejas de empleados y empleadas en sus ratos libres, cuando nadie podía delatarlos, para desfogarse con sus acaloramientos personales.

Al lado izquierdo de la mesa, según se encontraba don Jorge, estaba la cocina principal para el personal de servicio. A uno y otro lado de la entrada a la cocina se accedía al comedor del servicio de los señores por un pasillo, dejando a un lado despensas para los enseres sobrantes por la época del año, regalos y objetos caducos, algún dormitorio, habitaciones vacías, el taller de herramientas y el cuarto de costura, hasta llegar a la amplia cocina con despensa. A continuación, estaban los dormitorios y los servicios para los hombres.

Al lado derecho de don Jorge quedaba su amplísima vivienda familiar, con la parte baja para servicios en general, y la primera planta dedicada a dormitorios y

salas de recreo, de pintura, archivos y el despacho de trabajo, entre otros.

El majestuoso interior del patio había quedado con un arriate por todo alrededor lleno de finas y bien cuidadas plantas de narcisos, lirios, rosales y algún abeto, hortensias y camelias que enriquecían el ambiente, con macetones dispuestos en las esquinas y los laterales. Una fuente en el centro del patio arrojaba un chorro de agua a varios metros de altura cuando estaba en marcha, y doce chorritos más pequeños que despedían el líquido transparente e insípido en forma de abanico hacia el exterior de la pilastra de piedra labrada. Tomás, el jardinero, se afanaba en tenerlo especialmente cuidado, además de la huerta.

Los aspirantes a marqueses, aunque todas sus amistades los llamaran por «marqueses», pasaban largas temporadas en la mansión de La Hacienda, sobre todo don Jorge y Saturnino, el administrador.

Cuando se aproximaba alguna fiesta o romería por cualquiera de las provincias de Andalucía, el matrimonio se tomaba unos días de descanso hasta que acababan los festejos. No podían denegar su presencia a aquellas autoridades que les acompañaban en su festejo de caza por el cortijo. Entonces se advertía el relajamiento general en el personal de confianza. Los obreros y obreras no tenían esta compensación, ellos siempre debían cumplir su horario a rajatabla, si no querían ser despedidos aquel mismo día. El personal de la vivienda de La Hacienda estaba resignado a no hacer comentarios

de nada de lo que pudieran oír y ver, mientras estuvieran dentro de las lindes de la finca.

Sin embargo, no cesaban los movimientos con problemas en el cortijo desde que el marqués padre, don José Montalves, lo adquiriese recién acabada la Guerra Civil en España, a un precio de risa.

«Por ser Marqués», decían quienes conocían el caso, «como el cortijo de su consuegro, el padre de doña Elena. Si son todos de la misma ralea».

Días después de la semana de caza mayor, Eusebio Granada, encargado y adiestrador de las caballerizas y el resto de animales, tuvo que avisar al veterinario, Valeriano Soto, por una urgencia que él veía con mala pinta.

Se trataba de una yegua preñada que el encargado no podía verla más sufrir, era su preferida, la yegua pinta que había visto nacer, y que enseguida se compenetraron hasta que fue domada. El veterinario había acudido enseguida al lugar donde hacía muchos años que prestaba sus servicios a los Montalves. La yegua, a falta de unas semanas para parir, se había negado de lleno a comer y había convertido su fuerte esqueleto en un montón de huesos bien colocados con el pellejo cubriéndolos, lo que le hizo saber repetidamente a Valeriano.

—Anoche me acojoné cuando la escuché relinchar y acudí a ver que le pasaba. Movía las cuatro patas, como si estuviera loca, y no había manera de sujetarla, hasta que por fin se tranquilizó al verme, solo se encontraba

bien cuando estaba tumbada de lado y yo aprovechaba para amansarla y darle friegas por la barriga, y le hablaba.

—¿No puede ser que se haya hartado de grano; que haya comido alguna mala hierba o envenenada por del campo sulfatado? ¿O que haya sufrido algún accidente, sin que nosotros lo hubiésemos advertido? —sugirió Manuel Bermejo, el guarda encargado de la finca.

Sin embargo, Valeriano observaba los ojos del animal y sus movimientos, tocaba alguna de las partes de la ubre y exploraba la parte trasera por donde esperaba encontrar un principio de dilatación. Luego miró a los dos ayudantes y frunció el ceño preocupado, para empezar a escuchar con el estetoscopio, a la vez que movía la cabeza.

—Le pondremos un calmante y esperaremos hasta la tarde, pero me huele mal, el potrillo no se mueve —dijo el veterinario.

Al día siguiente arrastraron a la yegua, con el potrillo dentro de su vientre, hasta un hoyo que habían abierto los operarios lejos del cortijo, en una linde que nada producía.

—No se pudo hacer nada, don Jorge, el potrillo llevaba varios días muerto en la barriga de la madre y esta había perdido peso, no hubiese soportado una operación.

—¿Qué crees que pudo ocurrir?

–No estoy seguro. Puede que haya sufrido una caída o que alguno de los sementales le haya arreado una coz. Se la veía sana..., no sé, don Jorge.

–¿Con qué ha sido esta vez? –preguntó al veterinario.

–Como siempre, no falla: con pócima de agua tofana de arsénico con cantárida. No quería que sufriera, era un buen animal.

–¡Joder, creo que tengo a mi alrededor a una manada de inútiles. Muere un animal, que vale una fortuna, y nadie sabe cómo ha ocurrido! ¿Cómo has visto al ganado? –explotó Jorge.

–Bien. Al ternero que se rompió la pata tuvimos que sacrificarlo al final, pero se aprovechó la carne. Y de los lobos, otra vez han vuelto a hacer de las suyas. Ya lo sabrá, ¿no?

–Me lo han contado Eusebio y Manuel, que han degollado y destrozado a varias cabras y algún cabrito ha desaparecido, y las ovejas, más de lo mismo. ¡Vamos, es que no lo entiendo, con tanto encargado, guarda, capataces, entendidos en ganado, pastores..., y estamos perdiendo ganado cada día! Por lo que se ve, son varios. Habrá que preparar una batida como Dios manda, estoy hasta la coronilla de todo este jaleo, con pérdidas de animales. Todo esto vale un dinero, ¡que no es gratis!

–Y, digo yo, si no es molestia, si no será mejor averiguar por dónde andan esos lobos cabrones. Les prepararía una pócima con carne que los dejaría fritos. Es

mucho más económico y menos peligroso –aconsejó el veterinario.

–Si tú lo dices, pruébalo, pero asegúrate de que no vaya a haber más bajas de animales. Si se enteran mis amigos voy a ser el hazmerreír. Eso sí, antes habla con Manuel para ver dónde lo colocáis, que se asegure de que no pasten por ese lugar los rebaños, y que tenga cuidado con los perros. No nos faltaría más que se envenenaran con lo que valen. Y si no hay quien se haga cargo, ya iré yo a hacer el trabajo, que por otro lado me cuesta «un ojo de la cara».

Don Jorge echó la espalda a todos mostrando su mal humor habitual en casos similares.

Varios días después de observar por dónde solían merodear los lobos por la falda de la sierra, Manuel decidió chamuscar restos de animales sacrificados como «enganche» de sus comidas, huesos carnosos y otros restos envenenados que encontraba por el alrededor, que él mismo se cuidó de ir introduciendo, hasta muy cerca de donde solían husmear.

Sin embargo, no cayeron el primer día, donde solo se veían revolotear algunos buitres decididos a atiborrarse de carnazas, pero que el guarda se cuidó de alejarlos, soltándoles unos cuantos disparos con la escopeta de postas, y la quema de retamas de tomillo y romero que podía confundir su olfato, además de evitar que alguno cayera fulminado al digerir los cebos, muriera, y si algún guarda forestal tropezaba con la pieza, podía tener don Jorge algún problema importante con los

del sector de protección de animales, y no estaba el asunto para dar más disculpas.

De los lobos, al fin y al cabo, se podía justificar; ellos se lo habían buscado. Eusebio formó un círculo protegido alrededor de donde se encontraban los cebos, con la ayuda de algunos jornaleros. Ya estaba advertido de que estuviera al tanto de por dónde pastoreaban sus rebaños: que se lo hiciera saber a los pastores y tuviera cuidado con los perros guardianes. «Ah, y que no se olvide de vallar los alrededores, no quiero excusas o les descontaré de su peonada el precio de cada pieza que se pierda, ¡ya está bien!», les había advertido al final don Jorge.

Al día siguiente de acabar los encargos de protección, aquella misma tarde el guarda se acercó para inspeccionar el lugar y asegurarse de los resultados, cuando se topó con el cadáver de un lobeño más joven, poco más adentro de donde se encontraba la carnaza, que yacía inmóvil panza arriba, con la cabeza mirando hacia el monte boscoso y la boca cerrada que había dejado de babear y extender espumajos, pero había luchado en su agonía con las manos y las patas sobre el suelo, hasta romperse las uñas.

El guarda no tardó en figurarse que si había alguna otra presa debía estar en la misma vereda, más adelante, y se preparó con la escopeta cargada y amartillada y la mirada atenta, para seguir los rastros de los otros posibles caninos salvajes. Más arriba se topó con otro que

agonizaba, revolviéndose aún con tumultos convulsivos que lo habían sacado de la vereda hasta un pequeño rellano de matojos, contra los que luchaba por zafarse de entre los troncos, y decidió acabar con él ayudándose de la lanza de madera con la punta de acero acabada en forma de machete. El animal lanzó su último suspiro y cerró los ojos moviéndose hasta agotar su energía; la última lanzada le había atravesado el corazón.

De nuevo siguió otro rastro cercano para enfrentarse a un tercer animal salvaje, que no dudó en plantarle cara cuando no tenía apenas fuerzas para mantenerse de pie, y se sentó al cobijo de un tronco echando espumarajos por la boca mientras observaba al guarda, rugiendo por cada movimiento que hacía.

Manuel utilizó de nuevo la lanza, yendo a clavarse encima del costado del animal y lo remató con otro puyazo en el pecho, para evitar que sufriera, y rodó ladera abajo varios metros, ya sin vida.

De regreso al cortijo, tras su victoria sin tener que utilizar la munición para no levantar la atención de «la guardia oficial de la protectora de animales», informó a don Jorge y Eusebio.

Ramón, el capataz, se encargó de cavar un agujero en la misma linde, donde introdujeron a los salvajes carniceros. Al día siguiente pasaron con el tractor y la grada de discos por la zona del entierro, aumentada en el espacio para que no levantar sospechas.

De nuevo la pócima de Valeriano, el veterinario, había surtido el efecto esperado.

—Hasta muertos daba miedo enfrentarse a ellos —resumió el guarda—, y cuando tuve que rematar al segundo, me hacía frente con ese hocico alargado, la boca abierta con los dientes afilados como navajas, las orejas estiradas de rabia y la cola larga que no paraba, como si quisiera pelea entre los dos y comerme, los ¡hijos de mala madre! No quise utilizar la escopeta para no alertar a nadie, ya sabéis. El tercero apenas opuso resistencia, a pesar de que estaba más entero que los otros, pero no me quedé tranquilo hasta verlo muerto, y aun así no dejé de apuntarle con la escopeta; estos animales son muy traicioneros.

—Todo ha salido bien, tomemos una copa y esta tarde cada uno a lo suyo. Nadie sabe nada de esto, ¿vale? No podemos dejar de estar con los ojos avizores, ya lo estáis viendo —saltó Jorge, y se dirigieron hasta la cocina para que Andrea les preparase el almuerzo.

—Pero de momento trae una botella de vino y algo para picar, ¡y muévetel!, que ya es mediodía —ordenó Jorge—, y la mañana no ha sido fácil. Por cierto, Andrea, ¿qué comes, que cada día estás de mejor ver?

Andrea se ruborizó y sonrió a la vez, dándole las gracias como en ella era habitual, y continuó hacia la bodega orgullosa por la referencia del amo.

—No lo puedo creer —insinuó Jorge—, que es extraño que esta chica siga soltera con lo bien acabada que está. Voy a tener que sacarle cómo lo hace, je, je, je.

—Descuide que no pierde el tiempo —saltó el responsable del ganado—, que, si los rumores son ciertos,

es de esas que creen en las libertades, una roja vaya, y en Paterna ya nadie ignora que es corridilla de cascós, ya sabe a qué me refiero, aunque, «nadie sabe nada»; ¡estos «refachones» rojillos, y lo que guardan en su cabecita!

La presencia de Faustina cerró el tema y preguntó a don Jorge si necesitaban alguna cosa.

—Estamos bien, Faustina. Por cierto, ¿cuándo dijo la señora que volvería?

—Que yo sepa iba de compras a casa de su amiga Inés, a la peluquera y que volvería tarde, cuando Rogelio pase a recoger al señorito Adriano del instituto, que, por cierto, hoy tiene música. Yo quería decirle que esta tarde no podré venir, tengo que llevar a mi niño al médico.

—No hay problema, mujer, solo de tanto en tanto también se está bien, puedes retirarte.

A continuación se dirigió Jorge a la bodega y al rato volvió a la mesa, con Manuel y Eusebio.

—No quería que nos sirviera un vino cualquiera —se excusó el amo sonriente y feliz cuando regresó, con los ojos relampagueantes, el pelo desaliñado y la corbata deshecha.

Y al instante apareció Andrea con una bandeja de tapas y una botella a medio abrir, con aspecto de mujer sofocada. Como si hubiese corrido delante de un lobezno.

—Corta también unas lonchas de jamón y unas rodajas de pan de hoy. Ya que estamos puestos, comeremos para celebrar la caza del día, que no ha sido mala. Por cierto, —dijo a la cocinera, que permanecía atenta a lo que dijera el amo—, ¡qué bien huele el cocido!

—Hoy tocaba guiso de garbanzos, don Jorge —respondió ella—, a ver si les gusta a los «señoritos comensales», que estos están cada día más refinados.

—¿Cuántos son ahora?

—Celia, la niñera, y Amador, Faustina, Rogelio, el cochero, Vicenta, la costurera, Tomás, el jardinero, los del servicio y yo, además de Eusebio y Manuel aquí presente, que no sé si hoy querrán comer con nosotros. Once en total, don Jorge, ¡que hay días que se agrega alguno!

—No está nada mal. Que no se te olvide lo que te he dicho. ¡Ah! Me gusta ser puntual, y asegúrate, ya sabes.

Aquel atardecer, como otros muchos días, la luz del dormitorio de Jorge permanecía encendida, hasta momentos antes de ver aparecer el coche de Elena con Adriano. Celia había salido disparada para La Aldea cuando Jorge le dio la tarde libre, poco antes de la llegada de Andrea al despacho del amo.

Aquella mañana había acompañado Elena a su hijo Adriano al instituto privado. Celia se había quedado al cuidado del pequeño José, segura de que estaría bien atendido, mientras que ella pasaría el día en casa de su suegra, en Sevilla, visitaría la peluquería, realizaría algunas compras y se vería con su amiga Maravillas para almorzar antes de recoger a Adriano.

Ellas eran amigas desde que se conocieron en el instituto y más tarde aseguraron su amistad, durante los

finde de curso, en fiestas de casamientos, bautizos y allá donde eran invitadas en común. También pasaron algún verano en la playa y después salían juntas como algo natural.

Ya se les había unido al grupo Inés Naranjo, la otra amiga que había decidido seguir soltera, tras un embarazoso noviazgo que la dejó para vestir santos, y ahora regentaba una casa de ropas por la calle Velázquez, en Sevilla.

–Cuando salgas de recoger a Adriano –dijo Elena al cochero aquella mañana al subir al coche en la puerta del cortijo La Hacienda–, me esperáis donde siempre, puede que tarde un poco, he quedado con mi amiga para hacer unas compras.

–Pierda cuidado, señora.

Desde la parte trasera del auto despedía Elena al pequeño José, que permanecía en brazos de Celia, siempre sonriente, que pedía al bebé que saludara a mamá, hasta que circularon alrededor del jardín de la puerta principal y se perdieron rumbo a la capital andaluza.

–Por cierto, señora, que hay que ver lo «apañá» que se ha puesto Celia desde que entró en La Hacienda, que parecía una niña –saltó Rogelio–, y lo bien que atiende a los muchachos, que el otro día me decía Adriano, en plan melancólico, que por qué no venía ella con nosotros y lo esperaba en el instituto. Y es que es tan agradable y va siempre tan limpia y bien puesta que parece de la familia..., y muy recatada y calladita.

—Sí, es una niña muy linda. Cuando llegó a La Hacienda tenía recién cumplidos los doce, pero sabes que lo tuvo que dejar, sus padres no querían que perdiese la escuela, y Adriano se las arreglaba solo, con Faustina. Luego, cuando nació José, fue cuando volvió con nosotros, pero, sí, en estos tres últimos años se ha hecho una mujercita muy guapa. Mi José la quiere con locura y si es este —dijo mirando a Adriano, a la vez que le marcaba la raya del pelo con la mano—, es lo que tú dices, que no se duerme hasta que no está ella contándole un cuento. Cuando Jorge me habló de traerla como niñera, no estaba segura de si saldría bien, en casa de esta chica con tantas bocas alrededor de una mesa no debían pasarlo demasiado bien, vamos, que no sé cómo se las arreglarían, aunque todos saben leer y escribir. Conozco a personas con mejor posición y... ¡Dios me valga cómo están de comportamiento y educación!

—Señora, ¿siguen bien sus padres?

—Se hacen mayores, Rogelio, pero se conservan bien. Mi hermano Diego, ya te lo digo yo, se ve que anda bien también, al menos que yo sepa, como es tan «zorro». ¿Cómo sigue tu hijo, el madrileño?

—Bien. Ya sabe la señora que tuvieron un niño y están con él la mar de contentos. Al final se colocó en una fábrica, de mecánico, donde hacen piezas para los coches, y...

La recepcionista del instituto recibió aquella mañana a un Adriano lloroso, le había costado bajar del coche y

despegarse de los brazos de su madre. El lloriqueo le duró hasta que se encontró dentro del aula con los amigos, y aún así seguía mirando por los cristales, por si decidía volver a rescatarlo. «Si por lo menos estuviera aquí Celia, pero ahora estará con José», pensaba Adriano a su corta edad, «no sé por qué no se viene conmigo».

Acercas del autor



Santiago Aranda nació en Villanueva de la Reina (Jaén) el 29 de agosto de 1948. Pasó la primera etapa de su vida en la pedanía de La Quintería, donde cursó sus estudios en la capital.

Casado y con dos hijos, en los años 70 cambió su residencia a Barcelona, donde continuó con la ampliación de sus conocimientos profesionales en control de calidad.

Fue a principios del año 2000 cuando comenzó a escribir la historia de su querida familia. Después de esto continuaría con una próspera carrera literaria con 18 novelas de ficción, 9 libros con más de 200 poemas y 6 cuentos juveniles.

Ganador en cinco ocasiones con sus poemas en el concurso que concede el Casal de la gent grant de Rubí, ha publicado dos novelas: *La experiencia más bella* y *La hambruna*.

Con *Enredos de soberbia* regresa al mundo literario más fuerte que nunca.